

HABLAR AL HUECO: SILENCIO Y MEMORIA EN LA ÚLTIMA DICTADURA ARGENTINA

Erika Martínez Cabrera

Universidad de Granada

erikamartinez79@gmail.com

Cita recomendada || MARTÍNEZ CABRERA, Erika (2012): "Hablar al hueco: silencio y memoria en la última dictadura argentina" [artículo en línea], 452°F. *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 6, 105-122, [Fecha de consulta: dd/mm/aa], <http://www.452f.com/pdf/numero06/06_452f-mono-erika-martinez-cabrera-orgnl.pdf>

Ilustración || Nadia Sanmartín

Artículo || Recibido: 31/07/2011 | Apto Comité Científico: 15/11/2011 | Publicado: 01/2012

Licencia || Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



Resumen || El presente artículo es un análisis discursivo de la última dictadura argentina y su articulación a través de las instancias del silencio y la memoria. Para dilucidarlas, ahondamos en la raíz de las tecnologías de la violencia y sus consecuencias discursivas: el agotamiento de la capacidad colectiva de contar historias, la negación de la aberración colectiva y la perversión del lenguaje. A partir de ahí, estudiamos los ejes discursivos sobre los que se construyó la ficción del Proceso: el mesianismo, el maniqueísmo y el organicismo. Evaluamos finalmente la elaboración de nuevos discursos simbólicos como respuesta al dogmatismo, la creación de ficciones parciales, fragmentadas y provisionarias que discutieron la historia oficial.

Palabras clave || Dictadura argentina | Tecnologías de la violencia | Memoria colectiva | Silencio | Ficción.

Abstract || This article is an analysis of the last Argentinean dictatorship discourse and its articulation through the instances of silence and memory. To elucidate them, we deal with the technologies of violence and its discursive consequences: the exhaustion of the collective ability to tell stories, the denial of collective aberration and the perversion of language. From there, we study the discursive axes through which the fiction of the Process was built on: messianism, manichaeism and organicism. Finally we evaluate the development of new symbolic discourses in response to dogmatism, the creation of partial, fragmented and provisional fictions that challenged the official story.

Keywords || Argentinean dictatorship | Technologies of violence | Collective memory | Silence | Memory.

No existen en la historia de los hombres paréntesis inexplicables. Y es precisamente en los periodos de 'excepción', en esos momentos molestos y desagradables que las sociedades pretenden olvidar, donde aparecen sin mediaciones ni atenuantes, los secretos y las vergüenzas del poder cotidiano.

Pilar Calveiro

0. Introducción. La historia del disimulo o el caso alemán

¿Cuáles fueron las prácticas discursivas de la última dictadura argentina? En adelante, trataremos de dilucidarlas y analizar cómo se articularon a través de las instancias del silencio y la memoria, ahondando en la raíz de las tecnologías de la violencia y evaluando, finalmente, la elaboración de nuevos discursos simbólicos y su respuesta al dogmatismo de la historia oficial.

Como señala Nicolás Casullo (2001), los debates académicos sobre el estado de terror en que se sumió Argentina durante la última dictadura han recurrido con frecuencia a las reflexiones de Walter Benjamin sobre narración, violencia y memoria. Para Casullo la principal aportación del pensamiento benjaminiano a la reflexión sobre la historia reciente de Argentina es la figura del escucha, «que hospeda el contar del narrador [...], el lugar y el tiempo del relato de la historia, de los usos de la memoria, de la construcción de la experiencia» (2001: 5). El escucha es —según Benjamin— la contracara de un relator en extinción, su única posibilidad de existencia tras el agotamiento de la capacidad de contar historias. En «El narrador» (1936), el filósofo berlinés afirma que, como consecuencia de la I Guerra Mundial, el arte de la narración llegó a su fin, la facultad de intercambiar experiencias fue suspendida:

Con la Guerra Mundial comenzó a hacerse evidente un proceso que aún no se ha detenido. ¿No se notó acaso que la gente volvía enmudecida del campo de batalla? En lugar de retornar más ricos en experiencias comunicables, volvían empobrecidos. Todo aquello que diez años más tarde se vertió en una marea de libros de guerra, nada tenía que ver con experiencias que se transmiten de boca en boca (1991: 112).

El escucha es alguien que espera a que la historia sea contada y guarda la memoria de una época fragmentada por la tragedia. Según Casullo, permite las discontinuidades,

interrupciones y suspensiones que resisten a las políticas dominantes sobre la historia. No se trata de una operatoria de transmisión terminológica, de un calculismo teórico, de una traducción sistematizada de análisis. Se trata de una forma de existencia en el lenguaje, de una historia del narrar (2001: 6).

Siguiendo en la misma línea, un breve análisis de las consecuencias

ideológicas y discursivas de la II Guerra Mundial en Alemania puede servir de ayuda para introducir algunas de las problemáticas argentinas de dictadura y postdictadura. W. G. Sebald detecta a partir de 1945 una respuesta colectiva similar a la constatada por Benjamin en Alemania¹. En su ensayo *Sobre la historia natural de la destrucción* (1999), señala cómo tras la devastación de la guerra vino una segunda liquidación: la de la memoria, aplastada por una nueva realidad ahistórica que animaba a mirar hacia el futuro guardando silencio sobre lo sucedido (2003: 17).

En la serie de ensayos que constituyen *Lenguaje y silencio* (1976), George Steiner reflexiona sobre la forma en la que las barbaries políticas del siglo XX y las tecnologías de masas afectaron al lenguaje cotidiano, generando dos respuestas literarias posibles: la transmisión de la vulnerabilidad del acto comunicativo o la retórica del silencio (Steiner, 2003: 67-8). En «El silencio y el poeta» (1966), Steiner llega a la siguiente conclusión: la obra de Kafka y su «jerigonza burocrática» es «una profecía exacta» de lo que haría el nazismo con el lenguaje décadas después (2003: 68). En diálogo con esta idea, Ricardo Piglia propone leer a Kafka desde Hitler en su novela *Respiración artificial* (1980). Steiner da pistas sobre la profecía de Kafka. Señala cómo en las *Cartas a Milena* (1920-22) el novelista checo insiste constantemente en la imposibilidad de alcanzar una dicción literaria adecuada utilizando un lenguaje gastado por los clichés (2003: 68).

Para Steiner, no solo Kafka, sino también Hofmannsthal, Wittgenstein, Broch y Schönberg son producto de la profunda desconfianza hacia el lenguaje desarrollada en el periodo de entreguerras y extenuada por la certidumbre de que «el idioma alemán no fue inocente de los horrores del nazismo» (Steiner, 2003: 119-120). El lenguaje fue utilizado para destruir lo que hay de hombre dentro del hombre y las palabras se convirtieron en vehículos de terror y falsedad. Adelantándose a las conclusiones de Sebald, Steiner afirma que el olvido fue la clave de la reconstrucción alemana, ese «Milagro hueco» que da título a su artículo de 1959. Pero el lenguaje no olvida: «La historia de posguerra del idioma alemán —escribe— ha sido la historia del disimulo» (2003: 128). Ese disimulo estaría constituido no solo por silencios calculados, sino también por la reproducción de gestos y giros coloquiales, de clichés públicos que no son otra cosa que el reverso de la libertad (2003: 94).

Las problemáticas a las que se enfrentó la palabra en Argentina durante la última dictadura y la posterior transición tienen algunos puntos en común con el caso alemán. Desde Bernardo Kordon a Osvaldo Bayer, pasando por Juan Jacobo Timerman o Ricardo Piglia, parece haber un consenso sobre la existencia de similitudes entre el Holocausto y la guerra sucia argentina². En el diario *Clarín*

NOTAS

1 | Para Jorge Monteleone, durante la Segunda Guerra Mundial se produjo un efecto «inverso» al de la Primera: frente al bloqueo narrativo señalado por Benjamin, se abrió paso «la verborrea nazi» (2003: 27). Aunque es indiscutible que la sofisticación del «aparato enunciativo del crimen» alcanzó durante el nazismo límites desconocidos hasta el momento, la imposibilidad de relatar la experiencia y la crisis de la memoria son dos fenómenos constatados tras las dos guerras. La discursividad nazi vino a solaparse con el silencio instaurado entre todos aquellos que asistieron a la muerte de millones de civiles y a la destrucción de las ciudades alemanas bajo las bombas.

2 | Ver Reati (1992: 76-77).

escribía Claudio Martyniuk:

En nuestra propia dialéctica de progreso y de reacción, de luces y de terror, el pensamiento de Adorno no es superficial o propio de la historia de las ideas de un siglo pasado. No nos es ajeno. Todavía resta reflexionar sobre la escritura de un poema después de ESMA. Aún permanece apenas esbozado el imperativo de pensar y actuar de modo que ESMA no se repita (Martyniuk, 2003).

Fernando Reati comienza su introducción al ensayo *Nombrar lo innombrable* confirmando los paralelismos:

Al leer la literatura de «la Violencia» colombiana (el periodo de guerra civil en aquel país a partir de 1948), comprendí que existían más puntos de contacto entre el caso argentino y el Holocausto judío, que entre el argentino y el colombiano [...]. Los escritores de Colombia [...] confiaban todavía en las posibilidades miméticas de la palabra [...]. Los argentinos, en cambio, nos habíamos enfrentado a la violencia treinta años después del Holocausto, cuando ya muchas de sus enseñanzas habían pasado a formar parte de la herencia cultural de Occidente (Reati, 1992: 11-12).

La tecnificación y banalización extrema de la muerte a la que llevó el Holocausto marcó indeleblemente la imagen del ser humano, convertido desde entonces y según Steiner en «homo sapiens post-Auschwitz». Durante la guerra sucia de la última dictadura argentina, la violencia también se reveló como un instrumento racional de la política, como un efecto perverso pero intrínseco a la civilización. Esa experiencia histórica derivó en Argentina en una radicalización de una máxima posmoderna: la desconfianza en el sujeto logocéntrico³.

1. Las prácticas discursivas de la dictadura

La era del orden es el imperio de las ficciones, pues no hay poder capaz de fundar el orden con la sola represión de los cuerpos con los cuerpos. Se necesitan fuerzas ficticias.

Paul Valéry

Escribe Andrés Avellaneda que tanto el golpe argentino de 1930 como el de 1976 se propusieron la totalización de la violencia «en la vida social y en la individual, en la reflexión, en los afectos, en la actividad económica, en la práctica espiritual» (1989: 13). La ideología autoritaria del último régimen no se ciñó en Argentina al control y desaparición de personas, sino que intervino la cultura y la educación, considerándolas territorios primordiales de lucha. Los canales marginales de producción ideológica fueron interceptados o eliminados (universidad, editoriales, prensa opositora, partidos políticos, etc.) y hubo un fuerte esfuerzo institucional por imponer un nuevo sistema de valores nacionales. El estilo de vida argentino propugnado por la dictadura estuvo basado, según Avellaneda (1989: 14-15), en dos ejes: la moral del cristianismo católico y el respeto a la

NOTAS

3 | Hay que añadir que, a nivel histórico, Argentina tuvo además un contacto directo con los refugiados de la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, fue el país latinoamericano que más judíos recibió entre 1933 y 1945 (unos 45.000). Por otro, refugió a numerosos funcionarios nazis (esta cifra, por razones obvias, es imposible de precisar). Fue el último país aliado en cortar relaciones con las potencias del Eje y eran bastante conocidas las simpatías de Perón tanto por el nazismo alemán como por el fascismo italiano. En 1998 se creó una Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades Nazis en Argentina (CEANA), encargada de organizar la documentación relacionada con el funcionamiento del llamado «paraíso de nazis».

propiedad privada. Lo inmoral, por su parte, abarcaba tres zonas: la obscenidad, el cuestionamiento de la familia y el ataque a la Iglesia o a la seguridad nacional. En su tarea de depuración ética, la Junta consideró necesaria la intervención de clases dirigentes, escogidas de entre las élites aptas para gobernar a las masas. Este mesianismo fue acompañado de la idea de una grandeza original perdida, de una Edad de Oro argentina (que habría llegado a su fin en el siglo XIX), destruida por el laicismo liberal y la democracia. En algunos casos, el mesianismo derivó en una fantasía de omnipotencia divina, no exenta de cinismo. Esa omnipotencia explica, por ejemplo, que el centro de detención de la Policía Federal fuera denominado «El Olimpo» o que los torturadores afirmasen: «Solo Dios da y quita la vida. Pero Dios está ocupado en otro lado, y somos nosotros quienes debemos ocuparnos de esa tarea en la Argentina» (Calveiro, 2004: 56)⁴.

Del dominio de lo nacional, la dictadura pasó pronto al de lo mundial: los valores del Proceso fueron equiparados a los valores de Occidente, amenazados por el materialismo, ateísmo, comunismo e individualismo del enemigo internacional. Para llegar a estas conclusiones fue necesario que los ideólogos de la dictadura pasaran por alto obstáculos como la condena internacional a la violación de los derechos humanos en Argentina, algo que no fue muy difícil, ya que esa abstracción llamada Occidente estaba muy lejos de designar una unidad geográfica o política concreta, con gobiernos reales capaces de condenar a la Junta Militar (Avellaneda, 1989: 20-21).

En su defensa del estilo de vida argentino, la dictadura no solo puso en marcha el aparato legal y militar de la guerra sucia, sino también todo un aparato lingüístico que terminó constituyendo esa ficción discursiva llamada Proceso de Reorganización Nacional, reproducida por militares, funcionarios adeptos, medios de comunicación y transmitida a la sociedad civil en su conjunto. En una conferencia de 1989, Ricardo Piglia habla del Estado como una institución que organiza y centraliza una auténtica red de relatos políticos.

La dictadura militar construyó una ficción criminal para tratar de tapar la realidad. Y yo diría, y este será sin duda uno de los temas que vamos a discutir, que muchas de las ficciones que se gestaron en la época del terror de Estado todavía persisten en la Argentina (Piglia, 2001: 97).

De hecho, para Piglia el antónimo de la memoria no es el olvido, sino la construcción de una memoria falsa, de un discurso ficticio que enmascara la experiencia colectiva. La sociedad es una trama de relatos y el Estado es «una máquina de producir ficciones» (2001: 102). En *Crítica y ficción* (1986), Piglia cuenta la siguiente anécdota: al regresar a Buenos Aires en 1977 tras un breve viaje advirtió

NOTAS

4 | Mesianismo católico y autosacralización son tan solo dos de los elementos del programa dictatorial argentino que podrían ser vinculados al franquismo español, en el que ya se había inspirado de forma explícita Onganía entre 1966 y 1970. Si los militares de la Junta se vistieron a sí mismos de salvadores de la patria argentina en nombre de Dios, Franco acostumbraba a desfilarse bajo palio, como solo podían hacerlo las imágenes de la Virgen, los santos y la hostia consagrada.

cambios de señalización en las calles; en las paradas de autobuses un nuevo cartel anunciaba «Zona de detención». Observa Piglia al respecto:

Tuve la impresión de que todo se había vuelto explícito, que esos carteles decían la verdad. La amenaza aparecía insinuada y dispersa por la ciudad. Como si se hiciera ver que Buenos Aires era una ciudad ocupada y que las tropas de ocupación habían empezado a organizar los traslados y el asesinato de la población sometida. La ciudad se alegorizaba. Por lo pronto ahí estaba el terror nocturno que invadía todo y a la vez seguía la normalidad [...]. El efecto siniestro de esa doble realidad era el efecto de la dictadura. La amenaza explícita pero invisible fue uno de los objetivos de la represión. Zona de detención: en ese cartel se condensaba la historia de la dictadura (2001: 107).

Si el lenguaje cotidiano había sido colonizado por el léxico dictatorial, el lenguaje dictatorial trabajó esquizofrénicamente con eufemismos que evitaban nombrar la mecánica del terrorismo de Estado y la orientaban hacia el léxico de la burocracia, el progreso y la medicina: torturar era «interrogar», matar «mandar para arriba» o «hacer la boleta», secuestrar «chupar»; las cuadrillas de secuestro eran «patotas», los muertos «bultos» o «paquetes» y extraer una confesión bajo tortura «quebrar»⁵. La esquizofrenia colectiva provocada por el discurso dictatorial fue también resultado del contraste entre ciertas acciones incomprensibles de los agentes estatales del terror y la racionalidad de los procedimientos dentro de los centros de detención. Es lo que Pilar Calveiro (2004: 81) define como la lógica perversa del Estado concentracionario.

2. Maniqueísmo, autoritarismo y cosificación

¿Pero cuál es el origen de tanto autoritarismo? Sergio Bufano (1984) señala que la conquista española dejó en Latinoamérica una tradición de un fuerte mesianismo y dogmatismo religioso, que explica, según él, ciertas prácticas del poder en Argentina, la aspiración a la totalidad y a la imposición de una sola verdad como absoluta. Para Reati, el discurso maniqueo que caracterizó a la ideología argentina de los años 70 y 80 puede explicarse también por la tendencia española al antagonismo político. Frente al extendido mito de la Argentina europea y civilizada, Reati (1992: 39) destaca también las reflexiones de Eduardo Pavlovsky o Jorge B. Rivera, que explican la guerra sucia a partir de un primitivismo persistente que es comparado con los acontecimientos de Haití y la violenta fundación indígena de la ciudad de Buenos Aires. Para Leopoldo Allub (1983), el origen del autoritarismo latinoamericano se remonta a la configuración de los estados capitalistas en el siglo XIX y a la desconfianza de las clases dirigentes hacia la democracia, que derivaría a lo largo del siglo XX en toda una serie de estados

NOTAS

5 | Calveiro (2004) y Martyniuk (2004) recogen a lo largo de sus ensayos un amplio repertorio del léxico eufemístico de la Junta Militar.

represores que alternaron el populismo de apariencia democrática con los regímenes militares.

Fuera cual fuera su remoto origen histórico, a partir de 1976 el maniqueísmo ideológico de anteriores gobiernos militares se intensificó en Argentina, alcanzando niveles de auténtica paranoia que desembocaron en el intento de aniquilar cualquier forma de oposición al régimen. La dictadura elaboró un discurso que justificaba la suspensión de los derechos civiles y la masacre en nombre de una supuesta defensa de la nación. Esta creación de dos esferas sociales e ideológicas enfrentadas es lo que Calveiro llama «lógica binaria» del totalitarismo. Desde esa lógica, Argentina atravesaba una supuesta guerra contra los subversivos, algo que según Calveiro no desmintió la guerrilla, que «prefería representarse como un Ejército que desafiaba a otro antes que como una pequeña fuerza insurreccional» (2004: 89). Apuntando hacia el mismo lugar escribe Reati:

El tono mesiánico es evidente al traspolarse el conflicto social argentino a una lucha que no solo trasciende las fronteras geográficas («guerra mundial») sino incluso las temporales («atraviesa los siglos»), convirtiendo el enfrentamiento en parte del batallar eterno entre el Bien y el Mal. Los representantes del gobierno, imbuidos de una mística y una misión que creen divina, se sienten combatientes de una batalla que transcurre tanto en tierra como en las esferas celestiales (Reati, 1992: 44).

El maniqueísmo de la derecha militar es analizado por Reati (1992: 46-47) en paralelo a la construcción de un imaginario argentino de izquierdas no menos mesiánico y maniqueo. Las semejanzas pueden explicarse por la difusión general de los tics del autoritarismo, pero también por la propia evolución de la izquierda peronista. La militarización y la abolición del disenso debilitaron a las organizaciones guerrilleras, que ya estaban bastante desarticuladas cuando se produjo el golpe de Estado en 1976. «La guerrilla había comenzado a reproducir en su interior, por lo menos en parte, el poder autoritario que intentaba cuestionar» (Calveiro, 2004: 17).

La estructura antagonista de los discursos sociales que circulaban en Argentina antes del golpe de Estado fue discutida posteriormente desde la ficción literaria mediante la elaboración de nuevos discursos simbólicos y oblicuos, que se alejaban del realismo social más mimético identificado con la izquierda dogmática de los años 60. Frente al retrato extremista del héroe y el verdugo y frente al monólogo de la dictadura, se impuso una nueva tendencia —a veces polifónica— a la profundización en la voz del otro, rastreable tanto en narrativa como en poesía⁶. Para Andrés Avellaneda:

NOTAS

6 | En un artículo titulado «Literatura, ideología y figuración literaria», Beatriz Sarlo parece aludir indirectamente al modelo bajtiniano de análisis cuando escribe que el «monólogo» del Proceso fue contestado por «un modelo formalmente opuesto: el de la pluralidad de sentidos y la perspectiva dialógica» (1987, 40).

El alejamiento del canon realista, que hasta la década anterior había sido preponderante, se intensifica a partir de 1982-83, debido en parte a que el periodo represivo promovió un alejamiento de aquellas formas que evidenciaran el referente histórico e indicaran un interés o una interpretación de la realidad política (en Reati, 1992: 56).

Aunque sin lugar a dudas influyó, no se puede hablar del miedo a la represión como la única razón que explica esta huida de la mimesis realista, ya que la tendencia se repite en la literatura de los exiliados y de los que escribieron pero no publicaron durante la dictadura. Por otro lado, el maniqueísmo operó mediante la deshumanización e incluso la negación del otro, lo que explica la gran importancia de la alteridad en la literatura argentina del periodo. La cosificación a combatir procedía de una doble pasividad: la que inyectó en las víctimas de la violencia de Estado la deshumanización progresiva a la que fueron sometidas y la de una sociedad que sabía o sospechaba de la masacre pero no la impidió. Coartar la acción para mantener el país bajo control fue, como en tantas otras ocasiones, una estrategia del autoritarismo, que provocó en este caso la percepción colectiva de lo que Bajtín llamó una «existencia en lo ajeno», una «pérdida del ser». Analizando esta relación entre acción e identidad, Bajtín lo ejemplifica así en su *Estética de la creación verbal*:

Cuando dejamos de utilizar, a consecuencia de alguna enfermedad, algún miembro, por ejemplo una pierna, esta se nos presenta como algo ajeno, 'no mío', a pesar de que en la imagen externa y visible de mi cuerpo sin duda sigue perteneciendo a la totalidad (Bajtín, 1982: 45).

En *Lenguaje y silencio* (1976), Steiner analiza la deshumanización como un efecto buscado por la lógica de los campos de concentración. Buchenwald o Auschwitz eran auténticas fábricas de destrucción de masas con cadenas de montaje cuyo producto final era la muerte. Pero antes de llegar a ella, los presos eran humillados, torturados y debilitados en su voluntad, hasta verse obligados a renunciar a su propia humanidad para sobrevivir. La falta de resistencia y la cosificación son, desde este punto de vista, resultados directos de la violencia (2003: 191). En Argentina, muchos supervivientes han relatado que los prisioneros eran considerados como pertenencias de los oficiales o del centro de detención, y transferidos a otros centros como préstamos o regalos. Antes que Steiner, Simone Weil había llegado a conclusiones parecidas sobre la violencia. En *La gravedad y la gracia* (1947), la pensadora francesa escribe sobre la relación especular entre víctima y victimario:

La fuerza hace del hombre una cosa, el «inútil peso de la tierra», y el cadáver es la máxima expresión de esa cosificación, el efecto supremo de la fuerza, como la muerte física es el grado supremo de la desgracia [...]. El contacto con la espada supone la mancha misma, tanto da que se haga por el lado de la empuñadura como por el lado de la punta (Weil, 1994: 31 y 106).

En referencia a la dictadura argentina, Calveiro señala cómo «denigrar y denigrarse son parte de una misma acción. En este sentido, la dinámica del campo, al buscar la humillación de los secuestrados, encontró el denigramiento de su propio personal» (2004: 103). Los burócratas de la máquina criminal de la dictadura eran piezas dentro del engranaje, objetos ellos también, aunque responsables de lo ocurrido cada uno desde su lugar. Si la humanidad es, como decía Levinas, una respuesta a la mirada del otro, los que encapucharon e hicieron desaparecer personas son «cosas sin ser», «artefactos hacedores del terror» (Martyniuk, 2004: 114).

Frente a la cosificación y la muerte encubierta, la ficción del periodo elaboró un discurso en el que la otredad tenía una fuerte presencia, la violencia era extremadamente visible, tenía agentes reconocibles y era el resultado de una voluntad (asesinato, suicidio, violación, etc.). Hablando de Dostoievski, Bajtín señala que en el mundo del novelista ruso «no existen las muertes como hecho orgánico objetivo en el que no participe la conciencia del hombre activa y responsable» (1982: 342). La función que cumplen esas muertes es la misma en la ficción argentina de dictadura y postdictadura. Dentro de dicha ficción, el dialogismo fue también una forma de resistencia discursiva al maniqueísmo del discurso autoritario. Para Bajtín, que atendió de forma particular las condiciones sociales y éticas de la cosificación dentro del capitalismo⁷, una relación dialógica es la única actitud que garantiza al otro «su libertad y su carácter inconcluso» (1982: 332). La siguiente cita clarifica la relación entre discurso monológico y cosificación, incluyendo dentro del discurso monológico no solo el dictatorial, sino también el de las ficciones que, desde cualquier ideología, dan una visión unívoca del ser humano y la realidad:

El monologismo en sí mismo niega la existencia fuera de sí mismo de las conciencias equitativas y capaces de respuesta, de un otro yo (el tú) igualitario. Dentro de un enfoque monológico (en un caso límite puro); el otro sigue siendo totalmente objeto de la conciencia y no representa otra conciencia [...]. El monólogo está concluido y está sordo a la respuesta ajena, no la espera ni le reconoce la existencia de una fuerza decisiva. El monólogo sobrevive sin el otro y por eso en cierta medida cosifica toda la realidad. El monólogo pretende ser la última palabra. Encubre al mundo y a los hombres representados [...]. El diálogo inconcluso es la única forma adecuada de expresión verbal de una vida humana auténtica (Bajtín, 1982: 334).

El discurso y la historia oficial de la última dictadura argentina fueron combatidos con ficciones parciales, fragmentadas y provisorias. Los monólogos dieron paso a la presencia de la voz del otro. Entendido como un síntoma de viejos dogmatismos, el realismo social fue sustituido por una nueva estética de carácter alegórico y lectura ambigua. La búsqueda de una versión de la realidad quedó obsoleta frente a la puesta en marcha de la discusión ideológica (entendida esta en el sentido bajtiniano). Según Beatriz Sarlo,

NOTAS

7 | En su *Estética* (1982) escribe Bajtín: «Dentro del capitalismo, la cosificación es una forma de violencia (económica, política e ideológica) contra la que solo es posible luchar con medios externos: “violencia revolucionaria justificada”» (339).

[e]nfrentada con una realidad difícil de captar, porque muchos de sus sentidos permanecían ocultos, la literatura buscó las modalidades más oblicuas (y no solo a causa de la censura) para colocarse en una relación significativa respecto del presente y comenzar a construir un sentido de la masa caótica de experiencias escindidas de sus explicaciones colectivas (1987: 34).

Romper la mimesis fue, para Sarlo (1987: 58-59), un modo de discutir la lógica del orden natural, esgrimida por el Régimen para dividir a los ciudadanos entre leales patriotas y enemigos. Frente al discurso dictatorial fue más necesario que nunca acentuar el carácter convencional de toda representación. Esta resistencia a la representación realista de la experiencia se convirtió en un lugar común para los escritores argentinos, incluso desde el exilio.

Evaluando las diferentes posiciones antes de terminar, parece haber un consenso crítico en la consideración de tres rasgos básicos de la ficción del periodo: el dialogismo como respuesta al monólogo ideológico de la dictadura; la presencia de los fantasmas de la subversión y el complot; y la alegoría como una forma oblicua de reorganización del caos y respuesta ambigua a lo incomprensible.

La trama del discurso autoritario se construyó como una forma de legitimación de la acción punitiva contra los llamados subversivos, esos otros considerados como extraños, inmorales, peligrosos, culpables y subhumanos, entre los que se podían contar tanto guerrilleros, políticos y sindicalistas, como defensores de los derechos humanos, intelectuales o personas englobadas por motivos inciertos dentro de la oposición. Calveiro cita la explicación que recibe un sacerdote secuestrado de su torturador: «Vos no sos un guerrillero, no estás en la violencia, pero vos no te das cuenta que al irte a vivir allí (a la villa de emergencia) con tu cultura, unís a la gente, unís a los pobres, y unir a los pobres es subversión» (2004: 90-91).

Como señala Avellaneda, el Proceso pone en circulación la idea de un «plan diabólico maquinado pacientemente a lo largo de muchos años por obra de ideólogos que llevaron a cabo con éxito una tarea de “subversión intelectual”» (1989: 15). Este complot se habría materializado en la infiltración en el arte, la cultura y la educación de ideólogos comunistas, que estarían poniendo en peligro a la población más indefensa, jóvenes y niños que debían ser defendidos por la dictadura. Las medidas tomadas para combatir de forma oficial el complot fueron la reforma plena del sistema educativo y cultural y la promoción de los valores morales del ser nacional; oficiosamente se puso en marcha la guerra sucia.

Dentro de la lógica discursiva dictatorial, la subversión fue enunciada como lo no visible y el subversivo como el enemigo que no se ve: un infiltrado sin bandera ni rostro, que disimulaba y actuaba en la sombra.

Pilar Calveiro cita en *Poder y desaparición* las siguientes palabras del General Camps: «Aquí libramos una guerra. No desaparecieron personas, sino subversivos» (2004: 37 y 89). Este discurso nacional no se inauguró en 1976, sino que se remonta, según Avellaneda (1989: 15), a finales de los años 50, cuando se instituyó la idea del censor como pedagogo y salvaguarda del país frente a los peligros de la penetración ideológica enemiga, corruptora y subversiva. De hecho, la conspiración y la paranoia que atraviesa la ficción de la última dictadura venía siendo uno de los ejes centrales del relato histórico nacional argentino. Piglia alude a esa constante, leyéndola en clave de melodrama:

La concepción conspirativa de la historia tiene la estructura de un melodrama: una fuerza perversa, una maquinación oculta explica los acontecimientos. La política ocupa el lugar del destino. Y esto en la Argentina no es una metáfora: en los últimos años la política secreta del Estado decidía la vida privada de todos. Otra vez la figura de la amenaza que se planifica desde un centro oculto (en este caso la «inteligencia del Estado») y se le impone a la realidad. Es lo que sucedió con el golpe de 1976 (2001: 36).

El lenguaje fue considerado como el más eficaz de los instrumentos del enemigo. No es extraño por ello que Armando Lambruschini viese como una «tarea militar seguir con atención los giros idiomáticos, ciertas modas verbales, para saber qué clase de compulsiones está sufriendo la libertad de raciocinio colectivo» (en Avellaneda, 1989: 17). El campo intelectual fue concebido como un campo de lucha paralelo al militar. La persecución cultural de los subversivos (docentes, científicos, escritores, periodistas) incluyó decretos, encarcelamientos, exilios y desapariciones que formaban parte de la llamada «estrategia global contra la subversión». Curiosamente, el mismo Perón que condenaría más tarde a los guerrilleros era capaz de afirmar en 1970: «La subversión debe progresar» o «Lo que está entronizado es la violencia. Y solo puede destruirse por otra violencia. Una vez que se ha empezado a caminar por ese camino no se puede retroceder un paso. La revolución tendrá que ser violenta» (Calveiro, 2004: 15).

Para Jorge Monteleone (2002: 21), hacer desaparecer al enemigo fue una forma de demostrar que era un infiltrado social invisible, tal como lo concebía el discurso oficial. El Estado combatió la supuesta actividad clandestina de los subversivos con una acción criminal clandestina, que no fue vista ni nombrada públicamente. Ilustra al respecto el general Bustamante: «En este tipo de lucha el secreto que debe envolver las operaciones especiales hace que no deba divulgarse a quién se ha capturado y a quién se debe capturar. Debe existir una nube de silencio que lo rodee todo» (Calveiro, 2004: 278). La lógica de la invisibilidad se trasladó hasta los centros de detención, donde el detenido era privado de su nombre,

encapuchado, inmovilizado y silenciado, a la espera de la tortura que lo haría hablar antes de ser asesinado. No dejar huella del cadáver o convertirlo en N.N. (anónimo, irreconocible, *nescio*) fue el último paso de la desaparición.

3. Tecnologías de la violencia y nuevo organicismo

La guerra sucia, puesta en marcha por la Junta Militar entre 1976 y 1983, elaboró una nueva tecnología de la represión que consistió, como es conocido, en la desaparición sistemática de los cuerpos de los ciudadanos que habían sido torturados y asesinados. Las desapariciones tenían varias metas: ocultar las pruebas de la existencia del terrorismo de Estado; privar de los rituales de muerte al círculo más íntimo de los desaparecidos y a la sociedad que integraban; y crear un estado de psicosis colectiva, a la que iba dirigida también la aparición calculada de cadáveres anónimos en las calles con huellas de haber sufrido una extrema violencia. Como práctica discursiva, la tecnología de la violencia desarrollada por la dictadura transformó, además, las formas de comunicación cotidiana, impregnando inevitablemente todo el lenguaje social.

La desaparición fue una tecnología represiva del poder militar y el gesto final de la negación progresiva de la humanidad a la que fueron sometidas miles de personas durante la dictadura. Su correlato institucional eran los centros de detención, que aparecieron antes del golpe, durante el gobierno de Isabel Perón. Todo lo que sucedía dentro de ellos adoptaba, como indica Calveiro (2004: 39), la apariencia de un procedimiento burocrático, legalizado por superiores jerárquicos. La obligación de obedecer y la división de las tareas favorecieron la sensación de falta de responsabilidad moral entre el personal de los centros que mantenía en funcionamiento la maquinaria asesina.

Como señala Reati (1992: 30), la destrucción de los cuerpos que supuso la guerra sucia revirtió la evolución del castigo tal como venía dándose en las sociedades burguesas, que sustituyeron progresivamente la tortura y exhibición pública de los cadáveres por el encierro de los cuerpos delictivos dentro de las cárceles para convertirlos en objeto de conocimiento y poder. La tortura no fue una excepción aberrante de la dictadura, sino la sistematización y profundización en la lógica del castigo físico que venía ejerciéndose sobre militares, prisioneros políticos, conscriptos e incluso delincuentes comunes desde principios del siglo XX. «Cada soldado, cada cabo, cada oficial, en su proceso de asimilación y entrenamiento aprendió la prepotencia y la arbitrariedad del poder sobre su propio cuerpo y dentro del cuerpo colectivo de la institución armada» (Calveiro, 2004: 11). Lo que hizo el Proceso fue

burocratizar la tortura y la masacre, convirtiéndolas en una rutina difícil de cuestionar⁸.

La misma dictadura que hizo desaparecer los cuerpos de los disidentes conceptualizó a la sociedad, de forma paralela, como un cuerpo esencial en el que se encarnaban el Bien y el Mal, entendidos desde la lógica cristiana. El viejo organicismo⁹ se transformó auspiciado por las nuevas tecnologías médicas del cuerpo: en su nueva versión capitalista, el Bien o el Mal esenciales eran la salud o la enfermedad que debía ser erradicada del cuerpo social a través de los cuerpos individuales. La acción militar de la dictadura fue calificada así como una «labor de saneamiento», algo que —más allá del eufemismo autojustificadorio— puede verse como una coherencia interna de la lógica organicista del estado autoritario. Según Reati, dentro de esa lógica

se trata a la sociedad como un cuerpo sujeto a posibles infecciones, cánceres, contagios de gérmenes extraños, y se cree necesaria la operación o extirpación de los órganos contaminados. La metáfora del cuerpo enfermo/cuerpo sano está implícita en la política represiva (1992: 44).

Con palabras muy parecidas aludía Piglia al fenómeno:

Antes que nada se construyó una versión de la realidad, los militares aparecían en ese mito como el reaseguro médico de la sociedad. Empezó a circular la teoría del cuerpo extraño que había penetrado en el tejido social y que debía ser extirpado. Se anticipó públicamente lo que en secreto se iba a hacer al cuerpo de las víctimas (2001: 36).

Para Juan Corradi (1985), la subversión fue considerada como un malestar del cuerpo social, una enfermedad que había que purgar. Beatriz Sarlo señala la presentación del enemigo como individuo patológico y desequilibrado y cita las palabras del Vicealmirante Lambruschini: «La subversión es un fenómeno psicótico que, enmascarado en una ideología, se crea en el campo político» (1987: 37). O sea, una conducta anormal, un desvío que debe ser disciplinado a todos los niveles (no hay que olvidar que, como señala Foucault, la objetivación de los cuerpos se funda en el lenguaje y los discursos de poder). Por supuesto, estas tecnologías de la violencia no sólo impregnaron las formas de comunicación cotidianas, sino que también generaron, como toda práctica discursiva, mecanismos de resistencia.

4. Conclusiones. La crisis de la experiencia

Tras la dictadura, se planteó en Argentina la necesidad de una clausura de la memoria colectiva para la reconstrucción democrática

NOTAS

8 | Calveiro denomina a esta naturalización siniestra como «vaciamiento de la muerte» (2004: 34).

9 | El término es utilizado en varias ocasiones por Reati (1992) y Sarlo (1987). El organicismo social fue defendido en la Argentina de principios de siglo por el sociólogo Carlos Octavio Bunge, que abrió camino para futuras autolegitimaciones biologicistas del Estado. Su recuperación durante la dictadura le debe mucho, además, a la recuperación de los valores organicistas durante el nazismo.

del país. El borrón y cuenta nueva fue justificado con la llamada «teoría de los dos demonios», que repartía equitativamente la responsabilidad de lo sucedido entre el gobierno militar y la guerrilla revolucionaria, colocando al pueblo argentino en el lugar de la víctima. Esta teoría fue acompañada a nivel institucional por las leyes de Punto y Final (1986), Obediencia Debida (1987) e Indulto (1989), justificadas fundamentalmente desde la fragilidad de los gobiernos civiles y la necesidad de estabilizar el país. En 2004, tras el acto oficial de cesión de la ESMA para la construcción del Museo de la Memoria, el periódico *La Nación* ratificaba aún su apoyo al indulto de Menem, mientras otros periódicos como *Clarín* matizaban anteriores posturas, señalando la imposibilidad de juzgar por igual la represión de la dictadura y las acciones de la guerrilla¹⁰.

En 1996 salió un número monográfico de la revista *Confines*, titulado «Memoria y terror en la Argentina 1976-1996», donde Casullo (su director), Forster y Kaufman, entre otros, planteaban la necesidad no solo de recordar y condenar el pasado dictatorial, sino también de volver a pensarlo políticamente. Este número forma parte de una nueva ola revisionista inaugurada a mediados de los años 90 como el «boom de la memoria»¹¹ y del que formaría parte otro ejemplar de 1997 de la revista *Punto de Vista*: «Cuando la política era joven: Eva Perón, años setenta, democracia, populismo»¹². El boom de la memoria permitió rescatar de la amnesia colectiva la historia reciente de la dictadura, pero la convirtió al mismo tiempo en un producto de consumo. Así lo señalaron el mismo año tanto Calveiro (2004: 163) como Martyniuk (2004: 51 y 130), que lamentan la saturación del público, la banalización de las atrocidades y la superficialidad ideológica de los acercamientos a la dictadura, que tendieron a alimentar la teoría exculpatoria de los dos demonios. Además, escribe Martyniuk, «con misticismo se hizo del desaparecido una figura vacía de sustancia, sacralizada, un absurdo sin sentido, una idolatría» (2004: 51).

La ceguera, el silencio o el olvido de los abusos políticos no fueron objeto de un sistemático análisis crítico hasta finales de los años 80, pero sus efectos estructuraron la ficción argentina de toda la década mediante lo que Francine Masiello llama «internalización de los modos de terror» (1987: 11). Hablando sobre la película *Tiempo de revancha* (Adolfo Aristarain, 1981), escribe la profesora de Berkeley:

El protagonista que ya no podía seguir viviendo con la mentira de su silencio autoimpuesto, mediante el cual ocultaba la verdad de lo que había visto, se corta la lengua con una navaja; de una vez por todas su fingida mudez se convierte en una realidad permanente (1987: 11-12).

La represión logró paralizar la resistencia popular y minimizar el alcance del aparato cultural. Sus efectos fueron sintomatizados

NOTAS

10 | Los dos editoriales son del 28 de marzo de 2004. Sobre el tema puede consultarse un artículo publicado el 31 de marzo de 2004 por la revista electrónica *Diario de diarios* (<http://www.diariosobrediaros.com.ar/dsd/diarios/-zona_dura/31-3-2004.htm>, [20/2/2008]).

11 | El boom de la memoria fue, según Gabriela Cerrutti (1997), un nuevo periodo en la relación de Argentina con la última dictadura, inaugurado tras la fundación en 1995 de la agrupación HIJOS (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio).

12 | Ver *Confines* n° 3 y Punto de Vista n° 58 (año XX).

tanto por la población como por la ficción del periodo, convirtiéndose en algunos casos en modos de denuncia.

Fernando Kofman se remonta al citado ensayo de Steiner, «El silencio y el poeta» (1966), para defender que el idioma de los argentinos no fue inocente del discurso genocida de la última dictadura (Kofman, 1985: 13) y comparando el periodo nazi con la dictadura argentina de 1976-1983 (1985: 13-14). Siguiendo a Kofman, escribe Jorge Monteleone que tras la instauración de la democracia, los escritores de los años 80 se encontraron no solo con una sociedad culpable, sino también con una lengua culpable: «El desfase entre lo que podía ser dicho y lo que se hallaba oculto alteró toda la discursividad social y el régimen de lo visible en Argentina» (2003: 28). El horror del Régimen era mudo e invisible como sus víctimas, lo que provocó la suspensión de los relatos de la experiencia y la puesta en entredicho de la memoria. La capacidad de designar de la palabra fue puesta bajo sospecha, lo que hizo que algunos poetas (como Gelman) frecuentaran los límites de lo agramatical. La misma mirada, esa acción que fundamenta el testimonio, enloqueció, quedó «corroída»: «El enunciado poético es un ojo en suspenso» (Monteleone, 2003: 208).

En la misma línea, Martyniuk afirma que en Argentina la desaparición imposibilita la narración de la experiencia: la violencia se llevó consigo a los testigos y los testimonios del genocidio. «La desaparición solo podría ser mostrada» (Martyniuk, 2004: 18). El relato imposible de lo ocurrido produjo un repudio de la experiencia como forma de legitimación del discurso. Ante esa realidad, la propuesta de Martyniuk es empezar de cero: «Insistir, aun chocando con el fracaso. Insistir en las correspondencias experiencia y conocimiento; experiencia y relato» (2004: 94). Su ensayo *Fenomenología de la desaparición* formula la paradoja a la que se enfrentan quienes intentan profundizar en el tema, un fenómeno que lleva consigo la abolición del mismo fenómeno (las huellas del crimen, de las víctimas y de los asesinos son borradas). La misión de los torturadores era hacer hablar al cuerpo y luego enmudecerlo, invisibilizarlo. A partir de ahí, Martyniuk se acerca al callejón sin salida de Adorno: «Creo inútil a la literatura [...], el arte está arruinándose» (2004: 91). Pero resuelve finalmente la imposibilidad de relatar la experiencia colectiva del genocidio en el siguiente imperativo: «Escribir no sobre, escribir desde la desaparición» (2004: 89). No olvidar ni congelar en museos inertes o archivos del pasado, sino mantener el extrañamiento.

Reflexionando sobre el nazismo, Arendt escribió que los totalitarismos dejan a los ciudadanos en un estado fundamental de soledad. Para Bajtín, la irrupción de la palabra individual encuentra el amparo de la colectividad en una sociedad justa donde son posibles las relaciones dialógicas. Una sociedad autoritaria, sin embargo, aísla las voces

del coro condenándolas a un silencio atroz:

El rompimiento individual y absolutamente solitario del silencio absoluto tiene un carácter horrible y pecaminoso, degenera en un grito que se asusta de sí mismo y se agobia a sí mismo con su existencia importuna y desnuda; la violación solitaria y totalmente arbitraria del silencio impone una responsabilidad infinita o resulta ser injustificadamente cínica; la voz puede cantar tan solo en una atmósfera cálida, en la atmósfera de un posible apoyo por parte del coro, de una fundamental no soledad sonora (Bajtín, 1982: 150).

A partir de 1976, la fractura que produjo el golpe de Estado en Argentina aisló los discursos sociales antes en diálogo. La estrategia de atomización fue tan o más efectiva socialmente que la censura, y en parte explica la tendencia a la elipsis, la sugerencia y la alegoría de la literatura del periodo. El mismo Bajtín señalaría que es imposible deshacerse de los discursos históricos porque, hagan lo que hagan los hombres, «la palabra no olvida su camino» (1986: 283).

Bibliografía

- ALLUB, L. (1983): *Orígenes del autoritarismo en América Latina*, México: Katún.
- AVELLANEDA, A. (1989): «Argentina militar: los discursos del silencio» en Kohut, K. y Pagni, A. (eds.), *Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*, Frankfurt/Main: Vervuert Verlag, 13-30.
- BAJTÍN, M. (1982): *Estética de la creación verbal*, México: Siglo XXI.
- BAJTÍN, M. (1986): *Problemas de la poética de Dostoievski*, México: FCE.
- BALDERSTON, D.; et al. (1987): *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires: Alianza.
- BENJAMÍN, W. (1991): *Para una crítica de la violencia y otros ensayos, Iluminaciones IV*, Madrid: Taurus.
- BUFANO, S. (1984): «La violencia y la muerte, esos hábitos inmorales», *Clarín Cultura y Nación*, 4/10/1984, 4-5.
- CALVEIRO, P. (2004): *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Colihue.
- CASULLO, N. (2001): «La figura del escucha en Benjamin», *Latin American Studies Association 2001 Paper Archive*, <<http://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa2001/files/CasulloNicolas.pdf>>, [29/11/2011].
- CORRADI, J. (1985): *The Fitful Republic. Economic, Society and Politics in Argentina*. Boulder, Colorado: Wetview Press.
- KOFMAN, F. (comp.) (1985): *Poesía entre dos épocas (Argentina 1976-1983, Inglaterra 1930-1939)*, Buenos Aires: Satura.
- MARTYNIUK, C. (2003): «Adorno, de Auschwitz a la ESMA», *Clarín*, 12/09/2003, de septiembre de 2003, <<http://www.clarin.com/diario/2003/09/12/o-02902.htm>>, [13/2/2008].
- MARTYNIUK, C. (2004): *ESMA, Fenomenología de la desaparición*, Buenos Aires: Prometeo.
- MASIELLO, F. (1987): «La Argentina durante el Proceso: las múltiples resistencias de la cultura» en Balderston et al., *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires: Alianza, 11-29.
- MONTELEONE, J. (2003): «Conjura contra la lengua culpable: relato y poesía», *Mil Palabras*, nº 5, 27-32.
- PIGLIA, R. (2001): *Crítica y ficción*, Barcelona: Anagrama.
- REATI, F. (1992): *Nombrar lo innombrable. Violencia política y novela argentina: 1975-1985*, Buenos Aires: Legasa.
- SARLO, B. (1987): «Literatura, ideología y figuración literaria» en Balderston et al., *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires: Alianza, 30-59.
- SEBALD, W. G. (2003): *Historia natural de la destrucción*, Barcelona, Anagrama.
- STEINER, G. (2003): *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Barcelona: Gedisa.
- WEIL, S. (1994): *La gravedad y la gracia*, Madrid: Trotta.